

Editorial

# Soledad de la niñez

---

IPNUSAC

**N**iños y niñas viajando solos sin documentación, saltando fronteras desde Centroamérica hacia los Estados Unidos a través de las rutas riesgosas usualmente empleadas por el crimen organizado para trasegar droga o la trata de personas. Si el número, no se incrementa hasta los 60,000 infantes en este año ninguna quizá conciencia estuviese sacudida.

Índice



Como ya nos hemos enterado, el promedio de los menores retenidos por las autoridades migratorias estadounidenses entre 2008 y 2011 fue de 6,700, y la cifra se duplicó en 2012 a 13,625, y volvió casi a doblarse el año pasado con 24,668. Fue hasta que el presidente Barack Obama declaró que se trataba de una crisis humanitaria, que congresistas y medios de comunicación volvieron la mirada.

Fuentes oficiales de la región atribuyen esas altas oleadas de niños migrantes a campañas de desinformación de los llamados coyotes, quienes habrían creado la ilusión de que, en vísperas de una eventual reforma migratoria en los Estados Unidos, toda persona indocumentada que estuviese en ese país automáticamente sería legalizada. En El Salvador señalan que los papás, inmigrantes en el norte, pedían que sus hijos salieran para evitar ser víctimas de las maras locales que los enganchan forzosamente. En Honduras repetidos testimonios apuntan a madres solteras o esposas que buscan alcanzar a sus esposos viajando acompañadas de sus hijos pequeños y que en la riesgosa trayectoria se pierden.

Las explicaciones en cada país de la región pueden variar los matices, pero no dejan de expresar los síntomas de problemas más profundos. Los niños migrantes salen principalmente de los tres países del triángulo norte de

Centroamérica cuyos aparatos productivos, desde hace décadas, perdieron la capacidad de reproducir su fuerza de trabajo, por eso la expulsan. Y son además los países que figuran en las estadísticas mundiales entre los diez más violentos a causa de la explosión de criminalidad.

Las exhortaciones del presidente Obama a sus colegas de la región a impedir que los niños viajen bajo esas condiciones de riesgo, a la vez que responde endureciendo las medidas migratorias para la deportación de los menores de edad, están lejos de la raíz del problema. Es claro que los migrantes corren altos riesgos al decidir buscar la vida en otra parte. La proporción de adultos que logra su objetivo es uno en relación a tres: hay un segundo migrante que es capturado y deportado, y un tercero que pierde la vida en la ruta, sobre todo en la travesía del desierto. Esa dramática proporción sin duda se eleva en casos de población vulnerable, como los niños.

El problema a atacar descansa en un modelo económico de lento crecimiento y alta desigualdad social, y una condición geopolítica atravesada por el crimen organizado, principalmente el narcotráfico y, de manera creciente, la trata de personas. Como bien indica el *Análisis de Coyuntura* de esta edición, de 140,000 jóvenes que cada año ingresan al

mercado de trabajo, apenas 20,000 alcanzan una ubicación estable y conforme a las normas laborales, el resto sobrevive en la llamada economía informal, donde anida la pobreza y pobreza extrema, y donde la niñez padece súper explotación. La Encuesta Nacional de Empleo e Ingresos de 2011, del Instituto Nacional de Estadística (INE), identificó 291,467 niños entre 10 y 15 años participando en el mercado laboral, cifra que representa el 5.5% de la población ocupada. Un 66% de estos niños se emplea en labores agrícolas; el 74% son hombres y el 66% indígenas. En promedio poseen 3.6 años de escolaridad, que se compara con 6 años de escolaridad de la Población Económicamente Activa, y su salario es apenas un 22% del salario nacional mínimo promedio, y aún más bajo en las ramas de comercio (14%) e industria (18%).

Es la reforma del modelo económico, encaminada a producir fuentes de empleo mediante el acceso al dinero a pequeña escala y de manera descentralizada, así como la apertura de los mercados para la competencia como el sistema puede recuperar su capacidad de reproducir la fuerza de trabajo, reteniéndola. Por otro lado, es mediante el fortalecimiento de las capacidades de seguridad del Estado, y con participación ciudadana, como se puede estabilizar el ambiente de seguridad física. Ya no podemos seguir cosechando los frutos del Consenso de Washington de 1990, pues son muy amargos, disgregan a las naciones.

